

El Mercurio. Santiago.

16-IX-1970 PZ 670416

Crónica Literaria

"Francisco Miranda y Otros", por Joaquín Edwards Bello (Edit. Bello).— "Santos Salcedo, el mozo de Miranda, se encontraba algo apocado y enfermizo en Londres y sólo pensaba regresar a su patria. Después de poner dos candelabros de plata con velas encendidas sobre la mesa de la sala, fue pasando las viandas que consistían en flambres de jamón y aves, aceitunas, pan y vino. Se gremedaron en un lado Bolívar y Miranda; en el otro, Bello y López Méndez".

¿Por qué no prosiguió Joaquín Edwards la novela histórica que evidentemente echa a andar ahí con paso seguro?

Es la incógnita que su doble naturaleza y las circunstancias sólo podrían despejar.

Habla en él a todas luces un narrador de historias imaginarias que necesitaba imperiosamente ver los objetos y los sujetos, oírlos y palparlos, con su colorido y sus gestos, uno de esos alicinados que sólo se satisfacen materializando sus asociaciones, reales o fantásticas, para transmitirlos.

Pero el periodista interviene, obligando a manejar ideas públicas, próximo al hombre de acción y hasta al caudillo, dotado de una oratoria que aspira a influir sobre las masas; entonces los géneros se entremezclan y combaten, reforzándose a veces por un lado, por otros, ¡ay! decayendo debilitados.

La comediación de estas crónicas, heroicamente emprendida por Alfonso Calderón, muestra a cada volumen esas dos corrientes.

Muchos admiradores del gran periodista también el resultado. Hechas y frecuentemente improvisadas al hilo de la actualidad, ¿conservarían la chispa fulgurante y caprichosa que hacían estallar cada semana en el diario? ¿No se apagarían al entrecruzarse los dos fuegos?

Los libros ya numerosos que las han recogido contestan a borbotones, entre alifambas, paradojas y golpes de efecto múltiple, con anécdotas y sus observaciones agudas, generalizadas, teorías arbitrarias, con frecuencia contradictorias, nunca banales ni desprovistas de aguijón.

La terrible prueba del olvido puede considerarse superada.

Uno sigue oyendo al conversador solitario que gustaba desahogarse en la presencia ajena y a poco andar hallábase poseído de la inspiración profética, sin que su palabra suene ahora a hueco ni se le corte el entusiasmo.

Cualquier pretexto le conviene para empezar la danza. Vimos iniciarse la de este tomo con tres figuras como novelista alguno pudo soñar: el más aventurero de los próceres, el Libertador máximo, el Maestro continental. Pronto serán reemplazados por personajes de segunda o tercera clase o simples personas efímeras, revolucionarias de un día, importantes de nunca.

Nada de lo humano escapa al interés del comentarista al deja de clavar su fecha en el blanco; es la virtud del que maneja el arco y lo dispara.

No hay más secreto.

El cuento de las Mil y Una Noches de nuestro periodismo desboga a la vida su rosario de magias. Cualquier aspecto de la vida cotidiana le parece útil. De un episodio administrativo, político, doméstico o policial, insignificante, saca un sentido que le permite remontarse a las ideas y abarcar el conjunto.

Uno de los incontables ministros que destilaron junto a él anunció una de las innumerables reformas que se han intentado del papelo oficinero, de la tramitación engorrosa, de la lentitud calculada, exasperante. Ahí están el cronista y su febero, espina dorsal de su sistema, con datos, con hechos, con alisbos, sonrisas y una cita lapidaria tomada de una caricatura. Pregunta el portero, cargado de papeles inútiles, qué hace con el mentón agobianito. Providencia del Jefe:

—Hágalo Ud. quemar; pero que antes saquen dos copias de cada uno.

Debó de gustarle la anécdota, a poca distancia, la repite.

Otras provienen de su cosecha y todavía guardan la impresión, como ésta del aviador Page a quien conoció en Madrid cubierto de gloria. Los chicos lo seguían por la calle, aclamaban su nombre y vendían un juguete volador bautizado "el chileno". Tan Precursor como Miranda, Ramona de Torres lo retrató; también estaba de moda; el Rey pidió ser presentado y estrechó su mano. Años 1914-1915. Para el tiempo y la gloria se esfuma. Page, honor de Chile, se presenta de candidato a regidor en Talagante. En el año 1953. El presidente de la mesa electora lee los votos: "Luis O'Page, cero". Ya no lo conoce nadie. Su fama había buido en aviones más rápidos.

Agradecemos a Alfonso Calderón que libra de esa suerte a Joaquín Edwards.

H. D. A.

"Francisco Miranda y Otros", por Joaquín Edwards Bello [artículo] H. D. A.

Libros y documentos

AUTORÍA

H. D. A.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Francisco Miranda y Otros", por Joaquín Edwards Bello [artículo] H. D. A.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile